

SEGUNDO PREMIO DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

TARDE DE PISCINA

JULIO MÁRMOL ANDRÉS

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

El sol me refregó la piel con una luz de estropajo. Notaba como el sudor se me secaba en la espalda y el pelo se pegaba a la frente. Pero ni loco me iba a meter en el agua. 7 de Agosto, 7 de la tarde. Calor fuera y frío dentro. No quería pillar una pulmonía ni nada por el estilo. No en vacaciones.

Me puse bien las gafas de sol y me eché el pelo hacia atrás. Joder, debía de ser un tío guapísimo en aquel instante. Luego, me vine abajo. Todos somos guapísimos desde nuestro propio campo de visión.

Cogí el libro que estaba leyendo desde hace ya como dos meses. Últimamente tenía la mente un poco ida. Mi madre decía que eran cosas de la adolescencia y que se me pasaría. Vete tú a saber.

Tapé el sol con el libro y luego tardé un poco en dar con la posición adecuada. No me decidía entre apoyarme en los codos o estar simplemente tumbado. Al final, fue lo segundo. No me sentía muy seguro de aquella barriga mía.

Conecté el móvil y los auriculares y miré alrededor. Había 10 personas: 5 niños, 3 padres, 1 vieja y el socorrista. Ninguna chica de mi edad. Suspiré. El día aún tendría que demostrarme que merecía la pena.

Miré los mensajes del móvil. Te hablan los que no te importan, y los que te importan, no te hablan. Vaya cosa. Maldito día.

Además, no me había echado protector solar. Luego se me quedan las manos aceitosas, y si me las lavo con agua, se me quedan húmedas... Un círculo perfecto. Me arriesgué. No hacía mucho sol. Solo calor.

Los padres enseñaban a sus hijos a lanzarse de cabeza al agua. Éstos los miran en esa posición absurda, de pelele, típica de la infancia, cuando no sabes cómo estar simplemente de pie.

Los *papás* dicen cosas infantiles y patéticas hasta para sus propios hijos mientras alardean del exagerado amor (del falso amor) que sienten (que dicen sentir) por ellos. Un amor biológico, obligado, casi onanístico ya que, todavía, sus hijos no han hecho nada para ganárselo.

Luego, los niños se tiran al agua dando planchazos, o de pie, con manguitos, bracean un poco y se van a la zona donde solo hay 1 metro de profundidad.

Estaban jugando a la pelota.

Encendí la música y me puse a leer. “Hotel California” de los Gypsy Kings. No fui capaz de concentrarme. Pensaba en John Turturro, y en los bolos, y en Vietnam, y en la diferencia entre John Winston Ono Lennon y Vladímir Ilich Uliánov, y en la humanidad en general. Por fin, terminó la canción y empezó otra. De los Beatles. Siempre eran bien recibidos, aunque estaban empezando a hacérseme cotidianos. Joder, no. No puedo aborrecer a los Beatles. Cambié de canción.

En esas estaba cuando un padre se lanzó a la piscina y me salpicó. Ni siquiera se volvió para disculparse. Aleteó junto a su hija como si fuera el maldito Tarzán. Pero no Tarzán el *personaje*, sino el *actor*, el que nadaba.

Miré al socorrista, y éste me miró a mí, y levantó las cejas, y yo hice lo propio, y ahí terminó nuestra conversación. El padre se preparaba para otra zambullida.

El agua me llegó al móvil. La música todavía iba, o sea, que de momento no estaba estropeado, pero bien *podría* estarlo.

— Perdone... ¿Puede tener usted más cuidado?

El tío se volvió.

— Es una piscina.

Sin duda, era una piscina.

— Ya, pero...

Se alejó nadando, seguido por su niña. Una aprendiz de gilipollas.

“The Sound of Silence”. Cerré los ojos para saborear el momento. Esa canción hay que escucharla en una piscina, lo mismo que “Local Hero” bajo las estrellas o “Country Roads” en el campo. Aquella mañana había estado nadando con las aletas y gafas de

buceo ¡en una piscina de 18 metros de largo! Me acordé mucho de Dustin Hoffman. Luego leí que lo habían operado de un cáncer. Con éxito. Me alegré. Adoro las películas de ese tío y adoro a ese tío. Rainman, el Graduado, Maraton Man. Me rasqué los dientes, por asociación de ideas, supongo, y esperé que estuvieran lo bastante sanos como para regatearme otro par de años sin pisar la consulta del dentista.

Agua hasta el cuello. Dije ¡Joder! Para mis adentros y vi, otra vez, como el tío de siempre se acaba de tirar a la piscina. Él me miró, retándome, y vi que el cabrón se sonreía. Luego llamó a su hija.

— ¡Isa, Isa! Ven aquí.

Elsa fue hacia allí.

— No te vayas tan hondo, ¿eh, pequeña?

¿Pequeña? En fin. La gente ve muchas películas.

Luego él se puso a nadar, y yo a leer, y el sol siguió pegando fuerte.

Pasó como media hora cuando el tío se salió del agua, el dedo dentro de su enorme ombligo. Se tumbó en la toalla y suspiró como una ballena.

Pensé decirle algo, pero me di cuenta de que me sacaba dos cabezas, y que se daba un aire al de los Soprano, y aunque no lo pareciera, ese tío podía pegar muy fuerte. Por tanto, aquel *también* debía serlo. Llevaba 20 páginas del libro y no me estaba enterando de nada.

Miré a la piscina. Una vieja con bikini hacía el muerto, dos chavales jugaban al balón, y una niña nadaba en la parte más profunda. Y aquella niña era Isa, llamando al borde de sus fuerzas.

— ¡Papá! ¡Papá! Mira dónde estoy, papá.

Papá murmuró una aprobación y un ten cuidado que está muy hondo, sin despegar la vista del cielo y sin saber que, realmente, estaba muy hondo.

— ¡Papá! ¡Papá!

Allí había una peste a desgracia en potencia que invitaba a no perderse detalle. El socorrista hablaba por teléfono, de espaldas al agua. Se supone que dependemos de gente así para sobrevivir un día más. No, no es muy alentador.

— ¡Papá! ¡Papá!

La vieja pasó nadando como una rana vieja a su lado y le sonrió con 3 dientes. Volví a pensar en Maraton Man y se me ocurrió que aquella tía debía conocer al “Ángel Blanco”. Sonreí con 32 dientes.

De repente, Isa no estaba. La busqué por la superficie y vi subir burbujas cerca del bordillo. Aquello estaba yendo muy lejos. Me quité los casco, las gafas y todo aquello y me preparé para mi momento heroico. No lo hacía por la niña. No del todo.

— ¿Qué?

El Tony Soprano de la piscina me hablaba a mí.

— ¿Qué de qué?

— Vienes a decirme algo.

Tuve ganas de decirle, tu hija se está ahogando, capullo, y luego de seguir andando, rescatarla de “Los Líquidos Brazos De La Muerte”, entregársela y ver como aquel gigante se desplomaba y me pedía disculpas. Seguramente teníamos algo en común. Nunca se pueden dejar de ver los favores como posibilidades de ganar amigos. O súbditos. Aquel tipo me apetecía más para lo segundo. Todo aquello lo pensé en 3 o 4 segundos, claro.

Entonces me relajé.

— No quiero decirte nada.

Tony se removió a disgusto en su toalla elefantiaca.

— ¡Ah! Pues nada entonces ¿no?

— No.

Me volví a tumbar. Encendí la música. “Hotel California”, esta vez de los Eagles. Busqué la página del libro y seguí leyendo. Un rato. Después se armó un gran barullo.



Cátedra Camilo José Cela convoca:

IX Premio de Relatos para Jóvenes

2 CATEGORÍAS

- Estudiantes de Bachillerato
- Estudiantes Universitarios

PREMIO BACHILLERATO

- **1er premio:** 600€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela + Curso en línea de escritura creativa para jóvenes valorado en 400€
- **2º premio:** 300€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela

PREMIO ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

- **1er premio:** 1.000€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela + Curso en línea de creación literaria valorado en 1400€
- **2º premio:** 500€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela

Tema: libre

Extensión: 1.200-2.000 palabras

Entrega de trabajos: hasta el 20 de abril 2017

Fallo del jurado: 25 de mayo de 2017



BASES

www.ucjc.edu

Cátedra Camilo José Cela de Estudios Hispánicos

INFORMACIÓN Y ENVÍO DE TRABAJOS

Universidad Camilo José Cela. Cátedra Camilo José Cela
C/ Castillo de Alarcón, 49. Urb. Villafranca del Castillo
28692 Villanueva de la Cañada (Madrid)
(NECESARIO CUMPLIMENTAR LA FICHA DE INSCRIPCIÓN
anexa a las bases en www.ucjc.edu o en becacatedras@ucjc.ed)

